

## Capítulo VI

## Hilos de la madeja

**D**ios quiso escuchar la súplica de Alvar, y al cabo de muchos días Juan dijo á sus hermanos que tenía esperanza de que Isabel se salvase.

Esperanza y Alvar no cesaron de auxiliar á su hermano con la más tierna solicitud, y con él desveláronse día y noche, compitiendo en muestras de atención y de interés hacia la enferma.

Alvar tuvo aún otra conferencia con Rodrigo, al cual obligó, no sólo á no entrar en la cámara de la moribunda, sino casi á no presentarse en la casa.

Rodrigo obedeció y casi se vivía en la taberna de Jaime, antiguo amigo; allí se enteró en parte de las tramas que Jerónimo Ruiz urdía con Pilar para perder á los Ponce.

Obedeciendo á sus instintos, Rodrigo habría dado

muerte sin el menor escrúpulo á aquellos dos enemigos; pero Jaime le convenció de que mejor resultado podría darle ganarse la voluntad de uno y de otro, que tal vez no eran más que los agentes de otros más poderosos enemigos.

Jaime se refería á la condesa y á su hija.

Las apariencias justificaban sus sospechas.

El castillo de la condesa, como le llamaba Rodrigo, había vuelto á cerrar casi por completo sus puertas.

Los guardas habían sido aumentados y su vigilancia era como nunca escrupulosa.

Nadie había vuelto á ver á la hermosa Catalina, que tanto anteriormente gustaba de vagar, libre como el aire, por todos lados, llevando á todas partes la alegría y el consuelo á los hogares de los enfermos y los menesterosos.

Hasta cierto punto aquellas precauciones estaban justificadas con la alarma general del país, producida por los abusos de la Audiencia, que en lucha abierta seguía con el clero y con el conquistador.

Pero ¿quién que teme males y peligros no se los finge peor de lo que son en sí?

En tales circunstancias fué cuando Jaime y Rodrigo tomaron parte en el suceso relacionado con el rapto de la hija de Pilar.

Al recogerla, casi desvanecida de terror, en mitad del bosque en que el hostelero Colmillo távala secuestrada, la intención de uno y otro fué la de llevársela á la taberna.

Pero tan grave era su estado, que, temerosos de no poderla hacer llegar viva á la casa de Jaime, que estaba muy distante, resolvieron llevársela á la de los Ponce, y así lo hicieron.

Cuando yendo en su seguimiento Jerónimo Ruiz y Pilar avistaron la casa de los Ponce, Rodrigo y Jaime ya habían entrado en ella.

Pilar quiso llegar á la puerta y hacérsela abrir, pero le obligó á desistir de ello Jerónimo, fundado en que siendo ellos sólo dos, no podrían con buen éxito hacer frente á los Ponce si éstos defendían la entrada.

Causa justificada tenía su temor, y Pilar convino con Jerónimo Ruiz en que éste se trasladaría inmediatamente á Tezcoco, para volver acompañado de los jueces y alguaciles que juzgase oportunos, en tanto que él quedaría en observación.

Para ello Pilar entregó á Ruiz una orden escrita por Delgadillo, cuya orden debía poner á su disposición á toda autoridad, cualquiera que ella fuese.

Esta orden había sido dada á Pilar por Delgadillo bajo juramento de que sola y exclusivamente haría uso de ella para recobrar á su hija, único caso que podría volverla contra los Ponce.

El oidor, preocupado con la gravedad de los sucesos políticos, casi había desistido de toda inclinación hacia la bella Esperanza, pero consecuente hasta cierto punto, quiso hacer esta gracia á los Ponce, á quienes por sugestión de Jerónimo Ruiz, Pilar acusaba de autores del secuestro.

Delgadillo no quiso creerlo y aun tomó ante su agente su defensa, pues á su entender, raza en que tanto valían las mujeres no había de ser menos grande, generosa y noble en los varones.

Pero ciego de dolor con la pérdida de su hija, Pilar no se dejó convencer, exponiendo que pues él se creía capaz de todo por salvar á su hija, también creía á los Pon-

ce capaces de cuanto pudiera conducirlos á vengar á su inocente hermana.

El oidor consintió al fin en dictar la orden que había de poner á las de su agente, la autoridad y las fuerzas que estimase necesarias, no sin exigirle, como ya dijimos, previo juramento que prestó por la vida de su hija, de no hacerla valer contra los Ponce sino en el caso de hallarse enteramente seguro de que ellos fuesen los secuestradores.

A hacerlos aparecer como tales tendieron todos los esfuerzos de Jerónimo Ruiz, y ya hemos visto como la fatalidad quiso convertir aparentemente en verdades las calumnias.

Pilar habría él solo abiértose la puerta de la casa Ponce sin temor ni á ellos ni á la muerte.

Tanto era el valor que le infundían el cariño por su hija y su odio contra sus raptos.

Con ese mismo valor retó á singular combate á Hernán López cuando llegó á enterarse por Delgadillo de los pormenores de la cobarde traición con que la puso en manos del oidor.

En vano Hernán López se ofreció á desagrarle ayudándole á buscar á la desventurada María de Mendoza.

Pilar no quiso oírle y después de injuriarle hasta hacerle decidirse á aceptar el reto, á pesar de la superioridad de Hernán López en el manejo de la espada, el duelo le fué fatal y Pilar le mató de una estocada que el mismo Hernán le había enseñado.

Quizás habría intentado hacer otro tanto con Delgadillo, si éste, no por miedo ciertamente, sino por compasión á Pilar, no hubiérale satisfecho con francas y leales



explicaciones, diciéndole que jamás habríase apoderado de María de Mendoza, si hubiese sabido que hija era de García del Pilar y no su querida como habíale dicho Hernán López.

Con estas explicaciones Pilar ya no volvió á ocuparse de Delgadillo, que por su parte harlo tenía que hacer para conjurar la tormenta que encima veníasele.

Como sabemos, el conquistador D. Fernando Cortés había cuidado de avisar, tanto á Delgadillo como á Matienzo, el nombramiento de la nueva Audiencia hecho por la emperatriz, y como si por no poderse vengar en esta señora, su impotencia acreciese más y más su cólera, cebáronse en el conquistador vejándole y ofendiéndole de cuantos modos pudieron ocurrírseles.

Llegó al colmo su irritación, cuando vieron que aun sus mismos aduladores volvíanles las espaldas para ir á Tezcoco á ganarse la voluntad del conquistador, cuya estrella veían tan brillante como opaca la de los oidores.

Tezcoco encerraba en aquellos días una córte muy superior en todos sentidos á la de la capital.

A ella iba la muchedumbre de tantos como habían sufrido daño y persecución de la Audiencia, y de tantos como son los que por costumbre tienen adorar al sol que nace y presentarse como fervientes partidarios de lo mismo que la víspera combatían.

Por desgracia la osadía de estos tales es tan estúpida como la vanidad de los que por la suerte son llamados á ejercer el mando y ocupar elevadas posiciones, y nunca, casi nunca, esos reptiles de la adulación son vistos con todo el desprecio que merecen.

Suele, por el contrario, suceder que los veamos levantarse sobre los que realmente cuentan con méritos posi-

tivos, pues como las más de las veces esa canalla la forman hombres temibles y aun bandidos, los gobiernos prefieren tenerlos por amigos á aplicarles un castigo, que ellos, con su ingenio, podrían eludir y convertirle en un peligro más ó menos serio.

La gente de esta especie no podía ni debía esperar mucho del conquistador, que á toda ella conocía bien, y que además no había de ejercer el ilimitado poder de que hasta entonces disfrutaron los gobernantes de la Nueva España: pues aparte del nombramiento de la nueva Audiencia se sabía el de un delegado de S. M. que portaría el título de Virey; pero no obstante, á dicha gente bastábale para dar la espalda á los oidores saber cuán perdida estaba la causa de éstos.

Delgadillo y Matienzo procedieron en aquellos momentos difíciles, como proceden en los momentos del naufragio los tripulantes de una nave que se va á pique sin remedio.

En ese caso el miedo egoísta se sobrepone á toda humana consideración y la locura mata todo noble sentimiento.

Si ellos se pierden, quieren que todo el mundo se pierda, que nadie, si ellos no se salvan, se salve.

«Los oidores,—dice el tantas veces citado biógrafo del Sr. Zumárraga,—para tener ocasión de proceder contra el aborrecido conquistador de la tierra que ellos tan malamente regían, trataban de provocar algún desmán de él mismo ó de sus criados, á cuyo fin, entre otras molestias hacían prender y traer atados á México como delincuentes á los indios principales que iban á verle.

«Irritados é imputando á Cortés intenciones de alzar-se con la tierra, juntaron gente é hicieron aprestar la ar-

tillería como si se tratase de resistir á un enemigo que entrase en son de guerra.

»Sufrió Cortés todo con paciencia, sin prestar el menor asidero á los oidores; pero aquello habria dado al fin un estallido, á no haber puesto paz el Sr. Zumárraga, quien con su acostumbrada prudencia calmó los ánimos y evitó un nuevo trastorno de funestas consecuencias.»

Pudo esto conseguirse con menos dificultad, gracias á que las rivalidades que á su tiempo se suscitaron entre los oidores y su presidente, habían alejado de México al feroz Nuño de Guzmán, que no había parte donde hubiese gobernado en que no dejara rastro de su crueldad. Poco después de salido de la capital y en las vecindades de Michoacán,—dice el P. Cavo,—Guzmán formó un proceso al rey tarasco *Catxónzi*, y so pretexto de que tenía alborotada la tierra, de que maquinaba contra los españoles y se vestía pieles de los que hacía sacrificar aun siendo cristiano, le dió tormentos para que confesara cuanto oro tenía, y por último le condenó á ser quemado vivo.

Nunca para aquellos hombres hubo temor ni respeto alguno.

#### Capítulo VII

### El jefe del pelotón

Poco rato hacía que Pilar se encontraba en observación, cuando vió abrir la puerta de la casa de los Ponce, y salir por ella un jinete que á todo el escape de su caballo tomó el camino de México.

Algo habria dado Pilar por poder retenerle é inquirir quien el jinete fuera, pero hallándose á pié, inútil era pretender alcanzarle.

Corrió no obstante, casi sin saber lo que hacía, procurando cortar en línea recta el camino que en aquel sitio formaba una curva bastante extensa, pero de pronto se detuvo y aún retrocedió hasta un grupo de árboles, al notar que el jinete dejaba el camino y al parecer se dirigía hacia él.

Pilar tuvo miedo, no por sí mismo, sino por su hija. Pensó que si aquel hombre le atacaba y daba muerte,



la pobre María quedaría entregada sin defensa á la venganza de los Ponce.

No salió, pues, de su escondite y procuró observar sin ser visto.

El hombre continuó avanzando directamente hacia el mismo grupo de árboles tras los cuales se guarecía Pilar.

—¡Vive Cristo!—exclamó éste,—es necesario apresurarse á ser el primero en herir ó matar.

Y después de asegurarse de que el cebo estaba bien puesto en la cazoleta de su pedreñal, levantó la piedra de chispa y apuntó.

Al tener al jinete á unos cincuenta pasos y en los momentos mismos en que desmontaba, Pilar dejó ir el tiro gritando á la vez:

—¡Alto ahí!

El hombre lanzó una exclamación y cayó muerto ó herido, mientras su caballo espantado ó herido también, salió disparado como una exhalación haciendo corbetas y relinchando asustado.

Pilar desenvainó su espada y corrió hacia su víctima.

En aquel instante Jerónimo Ruiz y una veintena de hombres, jueces y alguaciles y soldados, llegaba ante la puerta de la casa de los Ponce y hacíase la abrir en nombre de la justicia de S. M.

Pilar dudó lo que haría, si correr á la casa de los Ponce ó acercarse á su víctima.

A esto último le inclinó el herido, levantándose medio cuerpo y gritándole:

—¡Pilar! ¿eres tú quien me ha herido?

—¡Jaime!—exclamó reconociéndole.

—Sí, Jaime soy, por poco tiempo, pues conozco que me has matado!

—¡Bien lo mereces, miserable! Dime, ¿qué has hecho de mi hija?

—Salvarla de una muerte más horrible que la que tú has dádome: por eso me has muerto; tú no sabes hacer bien á nadie, ni conoces la gratitud! ¡Toma!—y al decir esto, Jaime desabrochó su colete de badana y sacó del pecho un papel que entregó á Pilar.

Aquel papel era una carta de María de Mendoza.

Pilar leyó lo siguiente:

«Padre mío, venid por mí á la casa de los Ponce de León, que os han pagado los males que les habéis hecho, salvando mi vida y mi honor del riesgo en que los puso el desgraciado Marcos Colmillo, muerto por el portador de esta carta que es otro de mis salvadores.

«Venid, padre, estoy moribunda y quiero perdonaros.

Vuestra hija,

MARÍA DE MENDOZA.»

Cuando Pilar acabó de leer esta carta y volvió su vista hacia Jaime, éste había ya expirado.

—¡Ah! ¡maldito de mí!—exclamó:—Jaime, ¡tuviste razón! ¡no sé hacer el bien á nadie! ¡me has devuelto mi hija y te he dado en pago la muerte!

¡Perdóname, desventurado Jaime, si acaso Dios en premio de esta tu última acción ha tenido misericordia de tí!

Dichas estas palabras Pilar se disponía á ir en busca de su hija, pero detúvose y cargando sobre sus hombros el cadáver de Jaime y echando á andar hacia la casa de los Ponce diciendo iba para sí.



—No; sería un crimen aun mayor dejar su cadáver abandonado á las aves de rapiña.

No; yo mismo le daré sepultura.

Distaba todavía de la casa un largo trecho, cuando el portón se abrió de nuevo y por él salieron cinco hombres de armas.

Uno de ellos, el jefe, dijo á los otros cuatro.

—Cuando la gente civil se mete á mandar á la gente de armas, sólo manda necesidades.

¿Cómo hemos de dar con él si ninguno le conocemos? Será preciso que tomemos presos á cuantos al paso hallemos, y en ese caso pocos somos cinco hombres.

Y eso sin tomar en cuenta, que si ese tal no se deja prender como un doctrino y se defiende, la broma puede costarnos á cualquiera, ó á todos, el pellejo.

¡Pero tate! si, no me engaño,—continuó diciendo el soldado poniendo su mano en pabellón sobre sus cejas para mejor distinguir.

Si, aquel debe ser nuestro hombre.

Y á lo que parece trae á cuestras el cadáver de otro.

No hay duda, nuestro hombre es que sin duda ha despachado por delante á ese Pilar que Jerónimo Ruiz ha buscado en vano, y que supone asesinado por los Ponce.

No, pues si á la primera voz de *¡alto ahí!* no obedece, es necesario, y para ello tenemos facultades, acribillarle á balazos.

¡Con que ea! camaradas, preparen los mosquetes y á la primera voz de fuego, fuera balas.

Pilar no podía oír lo que aquellos soldados hablaban, pero sí distinguió sus movimientos y vió claramente que hacía él apuntaban.

Temiendo lo que suceder podía, dejó en tierra el cadáver de Jaime y les gritó:

—¡Eh! deteneos; ¡favor á mi!

Pero sin duda los soldados no le entendieron y se alarmaron al verle avanzar, porque á la voz de *¡fuego!* dada por el jefe, las cuatro balas partieron, y una de ellas hirió á Pilar en una pierna haciéndole á su pesar caer en tierra arrodillado.

—¡Hola!—dijo el jefe,—¡parece que nos pide gracia!

No cabe duda.

La casualidad pone en nuestras manos al miserable que buscamos.

Esta notable acción va á valerme, sin duda, la banda de capitán.

Si no se me hubiera ocurrido mandaros preparar los mosquetes, sin duda se nos habria escapado.

Gracias, camaradas; os habéis portado como yo lo esperaba de vuestro valor, secundando con acierto y decisión mis disposiciones.

Prometo recomendaros á nuestro superior inmediato.

Animo todavía.

Preparad de nuevo y avancemos hacia el enemigo.

Pero, atención, y si trata de hacer resistencia, ya lo sabéis, fuego sobre él.

El denodado jefe, que notó que el infeliz Pilar no trataba de hacer armas contra su gente, no temió ponerse á la cabeza de ella y á paso ligero avanzó, orgulloso como un Alejandro, un César ó un Carlos Quinto.

Mas púsose blanco como una estatua de yeso y tembláronle de terror las piernas cuando al ir llegándose, más clara percibió la voz dolorida de Pilar que vomitaba por su boca blasfemias y amenazas á borbotones.

—¡Vos! ¡sois vos, señor García del Pilar!—exclamó nuestro hombre cada vez más apurado y cariacontecido.

—¡Yo soy, vive Cristo! grandísimos bribones, tan cierto como he de haceros ahorcar después de haberos roto el cuerpo á palos.

¡Ah! ¡grandísimos canallas!

¿Quién os ha pagado para que así me tratéis, menguados y mil veces menguados?

—Pero señor, quién había de creer que vos...

—Calla, maldecido, calla,—ordenó Pilar interrumpiendo al pobre jefe que temblaba al imaginarse las consecuencias que á su error habian de seguirse;—calla, y acercaos pronto y dadme ayuda que herido me habéis una pierna, de modo y manera que la herida me produce horribles dolores.

El jefe corrió á dar el auxilio que le pedía, y con voz de indignación, hablando á su gente dijo:

—¡Ah! grandísimos mentecatos; no perdonaré esta vez vuestra torpeza! ¿Quién, maldecidos, os mandó hacer fuego sin permitirme antes enterarme si habíamos de habérnoslas con un enemigo que mereciese la descarga?

¿Por qué, miserables, disparasteis, contra mi expresa orden?

¿No os advertí que á mi entender hombre bueno parecía el que al frente teníamos?

Pero, vive Cristo, que yo mismo pediré vuestro castigo á nuestro inmediato superior.

—Tomaos de mí, señor García del Pilar, y disculpad la parte que á mí en este accidente me corresponde, porque de lo sucedido no es mía la culpa sino de quien tan medrosos hombres dióme para encargo tan difícil y ex-

puesto á error como viéndolo estamos, pues á vos os han herido mis hombres, en tanto que, sin duda, han dejado escapar á ese tal Jaime, en cuyo seguimiento fui mandado.

—¡Héle aquí!—contestó Pilar mostrándoles el cadáver.

—¡Ah!—exclamó el jefe,—sin duda vos le traiais prisionero y una bala de mis hombres le quitó la vida.

—Sí: sin duda es así,—dijo registrando el cadáver,—aquí, aquí está la abertura de la bala.

Bien, muchachos, bien;—añadió volviéndose á su gente;—este hecho haré valer ante nuestro inmediato superior, para que os haga alguna gracia.

Vosotros le habéis matado.

—¡Ojalá y así fuese!—observó Pilar,—al menos no me remordería la conciencia por haberle yo dado muerte.

—¡Ah! ¿con que vos, señor, le matasteis?

—Sí, por desgracia.

—¿Por desgracia? ¡Bah! no tengáis remordimiento por ello. Ese hombre era un bandido.

—Ese hombre era un hombre honrado, más que vosotros!—replicó Pilar con tan duro acento de reconvección que el jefe hablador determinó callarse esta vez, ya que en ninguna de las anteriores había dicho más que disparates.

Pilar ordenó que dos soldados cargasen con el cadáver de Jaime y otros dos le condujesen á él en silla de manos, y púsose en marcha para la casa de los Ponce.



## Capítulo VIII

## Locura ó remordimiento

**Q**ué había mientras tanto sucedido en la casa de los Ponce de León?

La fatalidad que sobre ellos pesaba todo lo había preparado para que la catástrofe fuese más ruidosa é irremediable.

D. Alvaro de Silva y D.<sup>a</sup> Ana habiáanse trasladado á Tezcoco huyendo de la capital, en la que Delgadillo había tenido preso y sentenciado á muerte á D. Alvaro, por haber sido acusado por un falso delator, de complicidad en uno de tantos motines á que dió lugar la tirante situación á que condujeron la cosa pública los abusos é arbitrariedades de los oidores.

A D.<sup>a</sup> Ana también tuvieron en una habitación de las casas de Cortés, mientras tanto se seguía el proceso abierto contra D. Alvaro, y ésta fué la causa por que nada ha-

bían sabido ni uno ni otro de su recomendada Isabel de Carvajal.

Una vez que con mil dificultades, que no hace al caso referir, ambos esposos consiguieron verse libres, enterados de que Isabel no se había en su casa presentado, determinaron salir de México donde nada bueno debían esperar, y fueron á Tezcoco y se presentaron en casa de la condesa, la cual, lo mismo su hija ninguna razón supo darles de la joven.

Recordó D.<sup>a</sup> Ana que al separarse de ella habíala con Juan Ponce dejado, y con D. Alvaro fué á la casa de los Ponce, con la inexplicable desaparición alarmada.

Catalina no se atrevió á solicitar de su madre permiso para acompañar á sus amigos, y aunque nada descubrió de sus temores, recordando los incidentes de su conversación con Jerónimo Ruiz en las ruinas del palacio tezcocano, sospechó que el causante de aquella desaparición pudiera serlo Jerónimo Ruiz, interesado en librarse de la presencia de la joven que pudiera tal vez dar al traste con sus proyectos matrimoniales.

Guardóse de decir palabra alguna á la condesa, y fingiendo dar al suceso menos importancia de la que en sí tenía realmente, dejó marchar á D. Alvaro y á D.<sup>a</sup> Ana, y cuando hubiéronse ido, hizo ensillar al Rubí y seguida de un mozo de confianza salió de la casa y penetró en los hermosos bosques que la circundaban.

Pronto D. Alvaro y D.<sup>a</sup> Ana llegaron á la de los Ponce, y preguntando por Juan, que salió á recibirlos, fueron introducidos en la habitación en que convalecía su amiga y protegida.

Explicábase ésta cómo había tenido la desgracia de haber caído desde la azotea del ruinoso palacio, recibien-



do grave daño que su vida en gran peligro había puesto, cuando á las hojas del gran portón se oyó llamar con fuertes y repetidos golpes que á todo el mundo alarmaron, suspendiendo la conversación.

Acudió Alvar á la puerta y su espanto fué cruel cuando vió á Jaime y á Rodrigo conduciendo el cuerpo ensangrentado de la infeliz María de Mendoza.

Rodrigo explicó con cuanta brevedad y concisión le fueron dables lo que aquello significaba, y como aquella joven podría en mucha parte conjurar los males que los Ponce se temían.

A todo se ofreció la agradecida niña, escribiendo la carta que ya conocen nuestros lectores, y cuya conducción se encomendó á Jaime.

Juan fué llamado por Alvar para que la prestase los auxilios de su ciencia, y desde luego que la reconoció declaró con general contento que ninguna de las muchas heridas que su cuerpo cubrían presentaba carácter alarmante.

Nuevos y más fuertes golpes sonaron en el portón acompañados de palabras aun más amenazadoras, que decían:

—Abrid á la justicia de S. M.

Palabras de confusión y de terror fueron aquellas.

D. Alvaro y D.<sup>a</sup> Ana temieron que aquellas voces significaran un nuevo atropello de Delgadillo, y que á ellos y sólo para ellos envolvieran una amenaza.

Isabel, al escucharlas, dió un grito de atroz espanto, porque en la voz que las pronunció reconoció la voz para ella no olvidada del pérfido Jerónimo Ruiz.

Efecto en un todo semejante causaron en Juan Ponce, que en ellas reconoció á su aborrecido rival.

Rodrigo, que los proyectos de Jerónimo Ruiz conocía, proyectos encaminados á perder é infamar á los Ponce, vió confirmada la presencia del enemigo, y se avalanzó sobre sus armas para disputarle la entrada y vengarse de él.

La mil veces desventurada Juana de la Cueva salió despavorida de su habitación; creyendo llegado el momento en que la justicia humana acudía á pedirle cuenta de los crímenes en su casa cometidos, y que tenían turbada su razón.

Esperanza creyó que Delgadillo se presentaba á tomar venganza de ella por no haberle enviado á llamar para entregarle su amor, según habíasele hecho prometer.

Sólo Alvar no perdió su acostumbrado reposo, y contra el parecer de todos, se dirigió sereno, altivo y sin arma alguna á abrir la puerta antes que se le hiciese la tercera intimación.

—Qué es,—dijo con firme voz á la muchedumbre de las gentes de justicia que á su vista parecieron,—¿qué es lo que aquí busca la justicia de S. M.

Jerónimo Ruiz, que vió solo y sin armas á su rival, pasó el dintel de la puerta seguido de su gente.

—¡Prendedle!—dijo.

Pero antes de que hubiese podido ser obedecido, Juana de la Cueva se atravesó entre su hijo y los alguaciles y soldados y exclamó:

—¡Quieto todo el mundo! á mí, prendedme á mí: sólo yo conozco al criminal que buscáis.

¡A mí! ¡á mi todos los que aquí estéis y seáis honrados!

Defended á mi hijo Alvar; él nada sabe, él no es el asesino de Nuño López de Cardona ni de Felipe de Rioja!



—¡Mi padre!—exclamó Isabel de Rioja que apoyada en el brazo de D. Ana llegaba en aquellos momentos atraída por la compasión que á todos inspiraron los gritos de dolor que entre sus sollozos lanzaba la pobre Esperanza, espantada de lo que su madre pudiese decir.

Al oír la exclamación de Isabel de Rioja, Juana de la Cueva volvió su hermoso rostro, cadavéricamente pálido, hacia la amada de su hijo y fijando en ella sus miradas hasta entonces vagas y casi errantes exclamó á su vez:

—¿Vuestro padre habéis dicho? Luego sois vos Isabel de Rioja, la hija de Felipe de Rioja?

—Sí lo soy,—contestó la jóven con voz apagada y temblorosa previendo que algo terrible, muy terrible, se preparaba.

Juana de la Cueva dejó de defender á su hijo y corrió hacia Isabel y deteniéndose á pocos pasos de ella y observando su rostro con desmesurados ojos y firme atención, dijo:

—Sí, sí debéis ser la hija de Felipe de Rioja; vuestro rostro se parece al suyo y pálido está como el suyo cuando en mitad de mi sueño se me aparece á maldecirme porque, sabiendo como sé el lugar en que reposa, no le he sacado de él para darle sepultura en terreno bendito.

Sí; vos sois su hija, os reconozco.

Sólo siéndolo podéis haber dejado el sepulcro en que también dormís el sueño eterno, porque también vos morísteis en aquella noche funesta.

Venís á pedirme los restos de Felipe de Rioja ¿es verdad?

Y bien, sí, yo os los entregaré.

Buscad á Pedro Fáñez, él me ha enseñado el lugar en que vuestro padre reposa.

Allá en las aguas del lago.

En las aguas, sí: era necesario lavar tanta, tanta sangre como brotaba de su herida.

¡Y aun así no se ha logrado lavarla por completo!

Todos los días, cuando sale y se pone el sol, la superficie del lago se tiñe de rojas tintas.

Es su sangre, es la sangre de Felipe de Rioja, su sangre que sobrenada, hasta que la noche viene y haciéndose nuestra cómplice, la oculta, la hace desaparecer entre sus sombras.

Y esto es todas las mañanas, y es todas las noches.

¡Oh! ¡su sangre no se agota nunca!

Todos los días lavo yo con mis propias manos las manchas que de ella quedaron en las sábanas de su lecho, y todos los días la mancha vuelve á aparecer.

¡Miradlo!—añadió la infeliz madre de los Ponce deshaciendo un lío que hasta entonces había conservado en una de sus manos.

Era una sábana ó más bien un resto de ella, pues de tal modo estaba luida y destrozada á fuerza de tanto lavar las supuestas manchas; supuestas porque no existían.

—¿Las veis?—prosiguió diciendo Juana,—es la misma sábana, última en que reposó, y estas manchas que aquí veis, su sangre, su sangre son!

Y al decir esto Juana se dejó caer en tierra, en actitud de lavar, y con febril rapidez frotó con sus manos y contra las losas la sábana que mostrado había.

Y después, lanzando alaridos que imponían espanto y horror, quiso alzarse del suelo pero no lo pudo, y cayó



sobre sí misma presa de un formidable accidente epiléptico.

Sólo entonces pudieron animarse aquellas humanas estatuas que inmóviles y aterradas habían aquella escena presenciado.

Esperanza y Alvar corrieron en auxilio de su madre; Juan Ponce se aproximó demudado como un espectro á Isabel de Rioja, la cual antes que él hubiese podido una sola palabra pronunciar, le dijo con afectuoso y á la vez imperativo acento:

—A vuestra madre primero, amigo mío; atended á la pobre loca.

Juan obedeció maquinalmente y siguió á sus hermanos que habían salido ya con su desventurada madre.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó entonces á Jerónimo Ruiz el juez que le acompañaba.

—¿Eso me preguntáis?—replicó Jerónimo cuyas facciones reflejaban la alegría de su pérfido corazón,—abrir un proceso sobre las confesiones de esa mujer.

—¿De una loca?—exclamó Isabel de Rioja.

A lo cual observó Jerónimo con pérfida intención:

—Esa apreciación á los jueces corresponde hacerla; quizás lo que vos creéis locura no es más que una forma del remordimiento.

## LIBRO XI

## UN ACTO DEL DRAMA